



LA PRINCESA

De todas estas gentes que me están mirando, cuyos ojos están cada vez más cerca de mí –ojos que me palpan curiosamente, y que esperan la explicación de esta mujer que ha matado–, muy pocos me conocen; pocos son los que saben del origen de la historia, pues este crimen empezó hace muchos años. Quedan muchos de los que rieron con la anécdota, bastantes de los que la conocen de oídas y también están, ya crecidos, algunos de los niños que se han atemorizado al verme y me han gritado *bruja*. En realidad lo único que importa es decir la verdad. El abogado quiere que cuente todo, absolutamente todo, aun antes de que empezaran a llamarme *loca*. No sé cómo podré hacerlo sin que se amontonen las cosas, ordeno mis pensamientos pero, repaso lo ordenado y siempre hay algo que se me olvida, algo que debo decir y no digo porque es tan inefable como un olor, una sombra de algo que pasa veloz, o porque el estallido de mi ser me hace ir por vericuetos que alargan la historia empalideciéndola, como a una tarjeta olvidada.

He de explicar la sensación de ridículo que, durante tanto tiempo olvidada, ha hecho que ahora, cuando habría de tener el espíritu remansado, lo matase. La verdad es que, cuando recuerdo todos estos años, los celos obnubilan mi espíritu y ya no sé ordenar ni juzgar, ni poner nada en claro; la rabia se convierte en grito y el grito en un pinchazo en el brazo. Todo se hace incomprensible. Pero haré caso al abogado y empezaré por todo lo que aconteció desde la llegada de la princesa. Aunque mucha gente ha olvidado la historia y estoy cansada, no es menos cierto que ha pesado sobre mi vida y ha llenado de mezquindad mi corazón. Ante mí hay un largo camino hacia la oscuridad. Pero empezaré la historia.

Si miro hacia atrás surgen las imágenes, que se atropellan enturbiándome el espíritu, y tengo que bracear hasta rescatar a la muchacha crédula, que tenía

el mundo en el fondo de los ojos y que iba dando girones de sí, pues le sobraba tanto de todo que era pura dádiva. En ese momento llegó él.

Era apenas más joven que su propio padre y no estaba calvo. De lo malo no tenía nada visible. La muchacha estaba en la edad en que se juzga, se critica ferozmente a los padres; y los padres de la jovencita vivían la etapa del matrimonio en que apenas los cónyuges se soportan el uno al otro, en que todo lo que hace uno es estúpido para el otro, en que por cualquier cosa —aun por el chirrido de un papel— se arma una discusión; es decir que eran lo suficientemente jóvenes para pensar que no se necesitaban.

Por aquel tiempo su casa, tan ordenada y limpia, no era su casa: era la casa de los padres, y ella iba notando que, irremediablemente, iba perdiendo las raíces. La casa de ellos se convertía en un cotidiano campo de batalla que la impulsaba a huir; y, cosa curiosa, jamás se paró a pensar cuál de los dos era el culpable, pues su estado de desasimiento la hacía completamente imparcial. Además, el impulso que dominaba en ella era el de huir, sentía que la casa estaba llena de una fuerza que lo dispersaba todo. Incluso ahora tengo muy fijos los sentimientos de aquellos tiempos: fue una época en la que todo el mundo se iba, en la que la fuerza de la dispersión ocupaba el aire, las esquinas y las almas de las gentes; los hombres emigraban más que nunca. Todo era un trasegar diario.

Trataré de explicar, a este hombre que me llena de improperios y que no comprende cómo maté al viejo yo, una mujer todavía joven y que era el refugio y la paz y el descanso de mi marido, a este hombre que abre y cierra la boca como si quisiera morder todo lo que yo he sido; como si quisiera tragarse mi vida. Si este hombre no comprende el remanso de la rabia hasta convertirse en hielo, ni comprende el estallido de una olla a presión, no comprenderá nada. Espero que mi defensor entienda algo y que olvide ese aire protector con el que me trata, espero que convenza a alguien de algo, pues yo, a fin de cuentas, solamente hice justicia a una mujer generosa; es verdad que ha sido una justicia tardía y que ya a la mujer que soy ahora no le hacía falta. Pero fue la defensa de la joven crédula que fui yo una vez, o a lo mejor sólo el cansancio de cuidar una carátula, cansancio de atender a un ser que ya es un mueble lleno de carcoma y bichos que se esparcen por los suelos, y en el que ya no se puede poner nada porque se llena de podredumbre.

Todo este tiempo ha sido tan largo, tan enormemente lleno de minucias, que no sé si he vivido.

De todas maneras empezaré con la historia, aunque no sé si va a ser

convinciente la presencia de la muchacha que era yo hace tanto tiempo, ni siquiera sé si el hombre con quien me casé fue el móvil para la huida de la casa paterna. Empezaré en el momento de mi matrimonio.

Pero no, la historia no empieza ahí, sino cuando apareció la princesa. Por aquel tiempo ya hacía varios años que estábamos casados, ya había nacido mi único hijo y yo todavía era realmente joven. Sin embargo, ya su amor se había convertido en vigilancia. Yo no dudaba ni vigilaba, mi vida era monótona y llegó el momento en que pasábamos el tiempo en silencio; yo lo miraba y veía su deterioro, sus ojos cada vez más apagados; y me miraba yo misma y veía a una mujer que cada vez se afirmaba más físicamente y no llegaba a comprender nuestro mutuo aburrimiento. Este aburrimiento nuestro solamente se alteraba cuando llegaba alguna visita que nos traía el aire de la población y también la costumbre que teníamos de criticar los gestos, la vestimenta, las palabras y lo que llamábamos *la presunción del visitante*. Creo que ya las largas horas de televisión añadidas a todo lo demás me llevaron al crimen.

Aquel día, al entrar en mi casa, sentí un extraño olor que no era el de mi casa, que no era el de mi cotidiano vivir y que lo llenaba todo de color azul; guiada por la azulidad de la atmósfera, me dirigí a la alcoba y allí la vi. Vi el cuerpo hermosísimo, casi irreal de tan bello —no sé si esto de *irreal* surgió de las explicaciones que él me dio después—, el cuerpo reposaba blandamente, con la confianza de quien está en el sitio que le corresponde. Y él estaba a su lado, mirándola con cara de fauno maravillado, tenía que ser con cara de fauno, pues era una cara que yo nunca le había visto. Grité, vociferé, arañé, pero nunca lo entendí: aquel era mi sitio y quien lo ocupaba no era yo.

No tengo una idea clara de cómo salí de todo aquello; lo que sí recuerdo bien es que en aquella época empezaron mis relaciones con el siquiatra.

El siquiatra era blando y paternal. Es necesario que hable aquí de este hombre porque es la manera de hacer entender buena parte de todo aquello. Tenía el siquiatra la bondad a flor de piel, parecía darte la razón en todo; pero durante el tiempo que estuve viéndolo, tenía la sensación de no tratar con alguien fundamentalmente real. Creo que de esta desconfianza mía con respecto a él nació mi necesidad de las píldoras. El que a cada momento tenga necesidad de ellas y de estar al borde de lo irreal, de tener el espíritu agazapado, en acecho. Pero si una va al médico y se encuentra con una persona que es tan irreal como tú misma, y que te mira pero no es que te mire él, sino todas personas que lo han construido —ya que está hecho de recortes, o de capas superpuestas a modo de cebolla—, es difícil encontrarte a ti misma. Se decía que al principio de su carrera

las confesiones de sus pacientes le producían una gran confusión y vergüenza, y no atinaba a mirar a la cara a la persona que tenía enfrente, contando sus miserias. Él sabía que tenía que mirar al paciente, que este necesitaba que lo mirase; al principio, el problema de su enfermo se posesionaba de él durante días y días, pensaba en el problema que le había transferido el cliente, lo rumiaba, lo revolvía, lo vivía e instintivamente le aplicaba el sentido común. Pero pronto se dio cuenta de que el sentido común y de nadie empezaba en la consulta de libros, el recordar casos tipo, el acordarse de las lecciones de los catedráticos, en el inefable Freud, que tantos apuros enmascara; y como se había educado en la retórica imperialista, maestra en eufemismos, explicaba al paciente, con dolor, con la conciencia de su impotencia pero sin perder la cordialidad, lo que su buen sentido le aconsejaba que debía hacerse en aquel caso. Con el tiempo su situación económica mejoró, a la par que se le facilitaba el ejercicio de su profesión, ya por embotamiento de sus aristas espirituales, ya por el uso de los tranquilizantes, que hacen del ser alguien más retardado o acelerado, y que hace que siga una dirección planificada, sin opción a elegir. Cuando veía que un ser lleno de deseos buenos o malos se convertía en un trozo de algodón al que podía retorcer, impregnar, hacerle pensar de esta o de la otra manera; cuando veía que un ser que había roto sus lazos con la realidad volvía a la rutina, de acuerdo con sus poderes, empezaba a creer que era omnipotente, pensó que las virtudes de las píldoras eran una transustanciación de su propia alma. Pienso que este ser es el resultado de las cosas que ha oído y que están perfectamente superpuestas, y que quizá no haya existido antes de empezar a oír, quizá algún día se pinte la cara como hechicero de tribu, pero no en este momento en que está tan desgastado como pie de santo milagrero.

Pero volvamos a la historia de la hermosa, bellamente dormida en mi sitio. Digo que estaba bellamente dormida porque, salvo los niños, los demás raramente duermen con belleza. No es que la gente se vuelva fea cuando duerme, sino que siempre hay en la persona que duerme algo que nos dice que ha bajado la guardia, y el desamparo se enseñorea en su expresión. La mujer que ocupaba mi sitio estaba en posesión de un sueño y no era poseída por él.

No sé cómo aquel hombre que era mi marido, en aquel tiempo, pudo dar la explicación que tanto éxito le proporcionó en el casino, en el despacho, en las reuniones a las que asistíamos, y que hacían de mí el blanco de todas las curiosidades. Hablaba de mi incredulidad, de mi desconfianza y de mi incompreensión hacia una cosa que estaba dentro del acontecer diario.

Nuestra ciudad ha crecido mucho desde entonces, pero en aquel tiempo

todos nos conocíamos, y yo pasé a convertirme en objeto de curiosidad.

Nadie supo por mí lo que había pasado aquel día, jamás lo comenté con las amigas, ni aun con las más íntimas. Pero todo el mundo lo supo, no sólo porque él lo contaba continuamente, sino porque la cosa perdió toda intimidad, merced al cariz maravilloso que tenía. La verdad es que a partir de aquel momento mis relaciones con la gente fueron distintas: sé que mi padre se compadeció, que le afeó su conducta, que mi madre estuvo furiosa durante mucho tiempo, pues el ridículo mío alzó al ridículo a toda la familia. Pero nadie habló de divorcio: nuestro hijo era demasiado pequeño.

Así viví mucho tiempo; cuando iba de visita, los niños de mis amigas se asomaban a ver a la persona que no creía en la rana princesa. Más tarde, mi hijo tuvo que pelear, porque esos mismos niños, ya crecidos, le preguntaban por la princesa dormida.

Después todo se fue olvidando, pero la ridícula explicación que me dio ha permanecido agazapada en mi espíritu una eternidad: lo que más me fastidia es tener que contarlo ahora, pero he de hacerlo, ya que es la raíz de todo. Es mejor que utilice sus palabras, pues me parece que es una manera de alejar el ridículo: “Me dirigí esta mañana a mi despacho, cuando oí que me llamaban una y otra vez, y no veía a nadie; retrocedí a lo largo del jardín de las monjas, la voz se seguía oyendo, pero no veía a nadie; recorrí la pared dos o tres veces, hasta que la encontré, de cudillas al borde de una hoja; me volvió a llamar y me explicó lo que le ocurría: tenía frío y yo le era necesario, me reí y me la metí en el bolsillo y no volví a acordarme de ella... Después, a la hora de la siesta, noté algo raro, viscoso, no hice caso y me dormí. Me despertaron sus gritos. No me asomé: solamente me maravillé, pues yo sabía que era la rana que había encontrado por la mañana al borde de una hoja...”. Así justificó la presencia de la bella dormida en mi sitio, y que hizo que mi hijo creciera sin cuentos; pues princesas, elfos, duendes, ogros y brujas desaparecieron de mi vocabulario. Jamás creí esta historia. A decir verdad, durante toda su vida se quejó de mi incredulidad.

Y aunque jamás volví a ver el cuerpo blanco de la princesa dormida, amargó muchos años de mi vida. Hay momentos en que aquel cuerpo dormido inmoviliza mi pensamiento, absorbe mi capacidad de sentir, y la única realidad es mi camino hacia la soledad.

Josefina Zamora, 1978